

FRÍO

El viento se filtraba por debajo de la puerta de calle, de manera que Martín corrió a bloquear la abertura con unos trapos viejos que encontró en la bolsa de retazos que tenía su madre.

_¡Brrr! ¡Qué frío! _dijo en voz alta, aunque estaba solo en la casa y sabía que nadie podía oír su comentario.

Se frotó los brazos con energía para aplacar el erizamiento de la piel y entrar en calor. Recorrió las habitaciones y cerró todas las ventanas. El crepúsculo se aproximaba y la temperatura descendería algunos grados más.

Se puso un saco de lana encima del sweater que ya traía puesto desde la mañana, y fue a la cocina para prepararse una taza de té caliente.

_¡Qué frío! _repitió en la cocina, mientras esperaba que hirviese el agua. Nubecitas de vapor se escaparon de su boca al hablar.

Se abrazó a sí mismo, tratando en vano de calentarse. Tenía las manos heladas, y la taza de té le sirvió también para entibiarlas momentáneamente, porque una vez que se hubo bebido el contenido el calor desapareció de la porcelana y las manos volvieron a enfriarse. Las metió dentro de los bolsillos del saco. Allí continuaron sacudiéndose como perritos recién nacidos, expuestos por la crueldad humana a la intemperie de una noche de invierno.

Encendió los quemadores para caldear el ambiente. Las ramas del hibisco que su madre había plantado años atrás en el pequeño jardín detrás de la casa, golpeaban los cristales con desgano. “Hibiscus rosa-sinensis”, recitó la memoria de Martín al mirar la planta.

_Nombre vulgar: rosa china _murmuró luego en la quietud de la cocina.

Se dio cuenta de que hablaba para aliviar la presión abrumadora de la soledad, y para cortar el silencio opresivo que se había anquilosado en todos los rincones.

Se asomó al jardín y observó que el viento había arreciado en las últimas horas. “Debe de estar helado...”, pensó. No pudo reprimir un estremecimiento al imaginarse ahí afuera, con el aire frío azotando su cara hasta volverla insensible; y casi pudo sentir las ráfagas escalofriantes que le harían lagrimear los ojos si se atrevía a salir.

Decidió encender la estufa catalítica que estaba en el comedor. Caminó hacia allí. Sentía los pies ateridos a pesar de los dos pares de medias gruesas que llevaba puestas.

_¿No puede ser! _se quejó Martín_. ¿Desde cuándo yo sufro tanto el frío?.

La llama de gas apareció, pero esta vez no le pareció reconfortante. Sin saber por qué la encontró lúgubre y débil.

Se quedó a su lado, esperando que comenzase a irradiar calor; pero el tiempo transcurría y él continuaba entumecido. Se tocó las mejillas con una mano helada; éstas estaban aún más heladas que sus dedos blancos. Intentó entibiarlos con el aliento, y comprobó que ya no se formaban las nubecitas de vapor al hacerlo. Se miró las uñas azules.

“¿Qué podría hacer?...”, se preguntó, “¡ah, ya sé! Una ducha bien caliente es lo ideal para activar la circulación de la sangre”. Reacio a abandonar la proximidad de la estufa a pesar del calor exiguo que le brindaba, se apartó de ella y se dirigió al baño.

Martín odiaba el baño. Era antiguo y de techo alto, como el resto de la casa; pero por alguna razón ese solía ser el lugar más frío. Quizás el estar recubierto de azulejos viejos, de color azul oscuro, reforzaba esa impresión. Recordó la época en que había sido estudiante de pintura.

_El azul es uno de los llamados “colores fríos” _le dijo a su imagen en el espejo.

Le dio un poco de miedo mirarse en el espejo. Todo su aspecto era el de un retrato elaborado con colores fríos. Los labios morados y los ojos verde profundo se destacaban en el rostro pálido, sobre el fondo azul de la pared donde se alineaban los sanitarios.

Abrió la canilla del agua caliente y la dejó correr hasta que adquirió la temperatura deseada, entonces se quitó la ropa y se ubicó bajo la lluvia. El suspiro de placer que había anticipado no brotó de su boca. El agua rebotaba con golpecitos tenues sobre su piel, pero ésta

no se enrojecía como en todas las ocasiones en que había soportado el calor intenso de la ducha. Contempló esa anomalía con asombro.

Decidió frotarse con energía para ver si eso le ayudaba a quitarse el frío de encima. Eligió la esponja de fibra vegetal, porque era la más áspera que tenía, y la untó con jabón. Empleó tres cuartos de hora en esta tarea infructuosa antes de abandonarla. Cerró el grifo y, temblando, manoteó el toallón que colgaba de un gancho amurado a la pared. Se envolvió en él, intentando detener los espasmos que le sacudían el cuerpo. El castañeteo de sus dientes era el contrapunto perfecto para el goteo obstinado que arrancaba ecos sombríos al desagüe de la bañera.

Estuvo a punto de caerse al salir, pero se sostuvo de un borde de la mampara de acrílico y logró mantener el equilibrio. “¡Tengo que tener cuidado!”, se recomendó a sí mismo; y continuó temblando al recordar el golpe fatal que había matado a su madre el mes anterior cuando se había resbalado en esa misma bañera.

Se vistió apresuradamente y abandonó el baño sin molestarse en secar las gotitas que empañaban el espejo. “¿Para qué?... con la cara que tengo es mejor que no me mire...”, reflexionó.

Merodeó por las habitaciones como un animal extraviado. Se le ocurrió pensar que quizás estuviese enfermo o a punto de estarlo, y que ese era el motivo por el cual sentía tanto frío. Tomó una manta del ropero de su dormitorio y se la llevó al comedor, para envolverse con ella y reposar junto a la estufa.

Eligió el sillón favorito de su madre y lo ubicó de cara al fuego. Se sentó. Su mirada vagaba por el jardín ya en penumbras. El viento había cesado y la rosa china estaba inmóvil; tiesa y lejana como mamá en su caja de madera. Sintió escalofríos.

_¿Tendré fiebre? _le preguntó al vacío.

Se levantó del sillón y se quitó la manta; “¡por lo que me sirve...!” pensó. La dejó en el piso y se dirigió otra vez al baño, en busca del termómetro que sabía estaba allí. Rebuscó en los estantes bajo el lavamanos hasta que lo encontró. Se lo puso bajo el brazo y esperó.

«¡Esta porquería no sirve!» exclamó al mirarlo, «¡ni siquiera llegó a los treinta y seis grados normales!».

Lo arrojó en el cesto que estaba junto al inodoro y salió.

Se dirigió al dormitorio de su madre; estaba casi seguro de que la anciana tenía otro en el cajón de la mesa de noche, donde también guardaba los medicamentos que había utilizado a diario hasta el día de su muerte.

Hubo una interrupción en el suministro eléctrico justo cuando se disponía a encender la luz del cuarto. Los muebles, parcialmente ocultos por las sombras, le parecieron fieras al acecho. El olor a encierro y humedad le azotó el olfato. Nunca había vuelto a entrar desde que se había quedado solo, y la habitación había permanecido cerrada todo ese tiempo.

Retrocedió y, tanteando las paredes, llegó a la cocina. Sabía que en el último cajón del armario había un paquete con velas. Sumido ya en la ceguera total, temblando de ansiedad y de frío, rebuscó hasta encontrarlo. Sacó una vela y la acercó a la llama de uno de los quemadores para encenderla. La mecha se coronó de luz con un chisporroteo que sonó extraño en el silencio cada vez más pesado de la casa vacía. La puso delante de sus ojos y la usó como guía. Ante su brillantez diminuta, las tinieblas poderosas titubearon y se apartaron un poco.

Martín volvió al cuarto de su madre y entró. Por efecto de la luz móvil de la vela, las sombras crearon la ilusión de que las bestias-muebles se desplazaban de un sitio a otro. Avanzó con lentitud hacia la cabecera de la cama, porque el frío atroz que sentía apenas le permitía mover las articulaciones. El brazo que sostenía la vela estaba rígido; le pareció que ya no era parte de su cuerpo. En realidad, tenía la impresión absurda de que lo habían desmembrado; de que nada estaba comunicado entre sí; como que todo era un fragmento perdido que flotaba a la deriva en el aire congelado que lo rodeaba y lo envolvía con mayor eficacia que la manta que había abandonado en el comedor.

Tropezó con un objeto que rodó hasta desaparecer debajo de la cama. Se acercó a la mesa de noche. El cajón estaba abierto y las cajitas de cartón asomaban, desordenadas.

Encima de ella, varias tabletas de medicamentos se apilaban. Las examinó y vio que estaban vacías. Pisó otras que estaban desparramadas sobre la alfombra. Se agachó para mirarlas. También estaban vacías.

_¿Y esto? _susurró entre dientes_, ¡yo dejé las cosas ordenadas!.

Se sentó en la cama para pensar. Cada milímetro de su anatomía se estremecía de frío. Quiso calentar su mano libre con la llama de la vela, pero no sintió el calor ni siquiera al colocar la palma encima de ella.

_¿Qué me pasa? _preguntó ahora, atemorizado, a las bestias de contornos simétricos.

Se llevó la mano al pecho para frotarla contra la lana, y al hacerlo notó por primera vez que su corazón no latía. La vela se tambaleó por los escalofríos de su cuerpo, e iluminó el trozo de papel sobre la almohada. Lo recogió y lo leyó con ayuda de la luz moribunda. Reconoció su caligrafía. Y recién entonces se dio cuenta de que estaba muerto.

Fin